

**LA CUENTA
QUE
NUNCA
TERMINE**



56.433... 56.434... 56.435... 56.436...

La cosa va bien – me digo confiado al ver que la cuenta avanza y nada me distrae.

Esta vez, después de casi diez años durmiendo a tu lado, por fin voy a terminar de contarlos.

Mira, ahí hay otro escondido... Otro que se quería escapar ocultándose entre los demás.

56.437... 56.438... 56.439...

¿y este escondido tras el codo?... te querías escapar ¿eh?

¡Ni lo sueñes!.

Hoy me he empeñado en terminar con vosotros, y voy a conseguirlo.

Hoy nadie podrá alejarme de mi cometido. Ni siquiera tu desnudez dormida lo conseguirá.

Hoy estoy decidido, y, por fin, lo conseguiré.

Después de muchas vueltas finalicé con el cuello de esa botella de vino que eres, y con la que me emborracho noche tras noche, alejándome de mi cometido.

Pero hoy – te lo repito - no será así. Ya me he saciado de vino, y ahora aprovecharé tu sueño, y mi momento de tranquilidad y sosiego.

No mires ahí, no mires ahí - me digo mientras tu jadeante respiración denota un sueño puro, iluminado por la ventana entreabierta, y mezclado con esas olas lejanas que intentan acompañarte en forma de nana.

56.440... 56.441... 56.442... – sigo contando para no perderme en tus engaños, y en las trampas que tu propio cuerpo me pone.

¡Mira! hay otro en el lóbulo de tu oreja. Al contarlo rozo tu sueño, y amagas con despertarte.

El roce de mis piernas con las tuyas me hacen dudar si deseo que despiertes o no. Una vez más, vuelven a aparecer mis flaquezas... por muy fuertes que parezcan.

No te despiertes, no te despiertes, no te despiertes... - te canto entre susurros, mirando tu boca entreabierta, mientras tus ojos vibran, como si una fuerza extraña – mi rival – les alertara para despertar y finalizar mi avance temeroso.

56.443... 56.444... 56.445... 56.446... - cuento rápidamente, intentando alejarme de tu cuerpo demoniaco, azuleado por la tenue luz que se adentra por la ventana.

56.447... 56.448... el sonido de un barco, alejado en el Mediterráneo que nos ofrece su brisa, acompaña en mi misión.

56.449... 56.450... cuento de nuevo, posando mi dedo en tu labio, donde encuentro otro.

56.451... ese está justo entre la piel de tu fresca cara y ese labio que hace poco mordí con ternura.

Y es en ese labio donde me pierdo. Inconscientemente, como me pasó el día anterior, y como tantos otros, sé que he vuelto a perder.

Posando mi dedo en tus labios dibujo besos de todos los sabores... de esos que sólo tú eres capaz de fabricar.

Y no puedo resistirme.

El barco vuelve a perder el sonido de su sirena, pero, lejano, llega a nosotros.

Y vuelvo a besarte, mientras mis dedos se alejan del último que había contado para perderse sobre tu encorvado vientre.

Entonces noto que tu boca se abre, y me invita, y ante tal invitación no tengo mas que aceptar. Y entro.

Y te beso una y mil veces, mientras intento retener ese número en mi mente. Y te abrazo otras tantas, con el número aún guardado. Y bailamos la música con la que esa sirena nos deleita mientras se aleja por el Mediterráneo, perdiéndose por el cabo, por detrás de la torre nueva... y se me empieza a olvidar que tengo que recordarlo.

Exhausto, miro a la ventana, mientras tú me abrazas y me dices cosas que me gusta oír... El número ya se aleja de mi pensamiento, que se llena de ti.

Mientras las recojo te vuelves a dormir, jadeante aún.

Y yo vuelvo a mirarte, y poso mi dedo de nuevo en tu labio, buscando aquel lunar donde volví a perderme.

Por suerte no tardo en encontrarlo.

¿Y por dónde iba? – me pregunto derrotado, sabedor de que una vez más he sido vencido por mi propia debilidad - ¿cincuenta y seis mil...qué? ¡Joder!.

Una vez más no me has dejado terminar, pero juro que algún día llegaré hasta el final... te pongas como te pongas, uses tu magia negra, o tu cuerpo, o tu boca, o esos horrendos pijamas de invierno que se empeñan en ocultarte...

Fue la noche de un mágico veintiuno de Julio – en realidad ya nos había dado alcance la mañana - donde empecé a contarlos, iluminados por la luz que entraba por el amplio balcón de aquella majestuosa casa... en aquella maravillosa habitación, cargada de historias de amor.

Esa noche tu piel era limpia y blanca, y los lunares más oscuros y patentes. Y fue ahí donde empecé a contarlos.

El sueño, el cansancio, y la emoción me hicieron contar tan solo treinta de tu pie izquierdo. Junto a él – abrazado a él – me dormí.

Recuerdo también una noche – esa de la que duermo a mi lado – en la que durante casi una noche entera estuve buscándolos por entre esa piel tersa y estirada.

Fue esa noche cuando más claros se mostraron, dibujados en una piel limpia y brillante como nunca la había sentido.

Ya queda menos. Ya sólo me quedan tu cuello y tu cara, aunque sé que será la parte más difícil. Volveré a recorrer tu cuello, por enésima vez, y volveré a empezar a contar a partir del cincuenta y seis mil trescientos cincuenta.

Pero, pienso terminar, y te diré el número exacto de lunares que inundan tu cuerpo.

Ese será tu regalo...

¡y el mío!.